



*El tiempo y las cosas
Otro tiempo en la mirada*



Ayuntamiento
de Salamanca

Proyecto, coordinación y diseño

BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL TORRENTE BALLESTER DE SALAMANCA

Paseo de los Olivos, 10 - 22 37005 Salamanca

Tfno. 923 28 20 69 e-mail biblio@aytosalamanca.es

<http://bibliotecas.aytosalamanca.es>

Fotografías: Victorino García Calderón

Fotografías de los objetos: Andrés A. Canal

Depósito Legal: S 380-2017

El tiempo y las cosas

Otro tiempo en la mirada



Ayuntamiento
de Salamanca

red de bibliotecas municipales
s a l a m a n c a



Somos viajeros incansables.

Viajamos para descubrir paisajes, monumentos, costumbres, lugares, lecturas... Viajamos para, también, conocernos a nosotros mismos.

Y en estos viajes descubrimos sensaciones, miradas, emociones, las distintas tonalidades de la luz, los horizontes, los colores que nos acompañan en el trayecto, las músicas que ponen la banda sonora a nuestras vidas. Conocemos gente, palabras, expresiones, sabores y olores y objetos, pequeñas cosas que incorporamos a nuestra memoria y que van a formar parte, ya para siempre, de nuestras vidas.

Todas estas cosas van configurar nuestro equipaje. Un equipaje que se va haciendo cada vez más grande, a veces más pesado, a veces más liviano a medida que descargamos todo aquello que fuimos recogiendo, cuando llegamos a ser conscientes de la inutilidad de tantas cosas.

Sin embargo, hay cosas que permanecen siempre. Objetos, olores, lugares y personas que asociamos a un momento concreto a un paisaje en el que algún día fuimos felices.

¿Somos lo que recordamos o recordamos gracias a lo que hemos llegado a ser? La memoria es frágil y el olvido caprichoso y selectivo pero, en este ir y devenir, las emociones asociadas a ciertos momentos, a ciertos objetos, a ciertos recuerdos, arraigan en nosotros para siempre configurando nuestra forma de ser y estar en el mundo.

El tiempo y las cosas. Otro tiempo en la mirada, es un paseo por nuestras propias huellas. Es como si volviéramos a poner las pisadas, en ese lugar exacto, en el que un día marcamos nuestro camino. Un paseo por las pequeñas cosas que nos dejaron otros tiempos y que nos permiten reconstruir nuestro pasado, un pasado que no fue ni mejor ni peor, pero que fue nuestro y por tanto único y muy personal.

Un mismo objeto evoca en cada uno de nosotros sensaciones y emociones diferentes porque va asociado a personas, experiencias y paisajes distintos y no es fácil explicarle a los otros por qué ese juguete de hojalata, ese libro desvencijado de hojas amarillentas, esa maleta de cartón, ese sonajero de madera, o esa pequeña lata llena de hilos de colores, despiertan en nosotros al niño, a la niña que fuimos, a la joven enamorada, al hombre confundido. Porque esa vieja hamaca nos trae las siestas de veranos indolentes, o un pupitre y el olor a una goma de borrar vuelven a transportarnos al tiempo de las risas y las complicidades escolares.

A veces, la mayor parte de las veces, las palabras no permiten definir ese recuerdo. Necesitamos tocar las cosas, percibir su tacto, aspirar su olor desvaído, para poder situarlas en el tiempo, para convocar a la memoria. El silencio es, entonces, nuestro mayor aliado. No hay nada que explicar porque lo vivido es inexplicable e incomprensible y porque los recuerdos individuales no permiten ser compartidos sin pasar por el tamiz de los recuerdos de los otros y sus propias experiencias.

Uno viaja incansablemente. Desde su sillón o su casa, desde las viejas calles que acogieron nuestros juegos, desde las plazas donde nos besaron por primera vez, desde su memoria y su recuerdo hacia un presente -a veces más incierto que el futuro-. Uno viaja por su cocina y encuentra la vieja lata de galletas de su abuela, o por los estantes de su salón -en los que se acumulan viejas fotografías, que nos observan misteriosamente- repletos de cajas de música, un viejo soldado de plomo o un objeto de cerámica con algunas cicatrices.

Una antigua lámpara ilumina quizás nuestra lectura, como iluminó la de aquellos que nos precedieron en el arte de leer. Una vieja silla guarda secretos de cuentos y leyendas frente a la lumbre. Una llave oxidada nos conduce a puertas misteriosas, siempre cerradas en un tiempo para nosotros y que nos permitían imaginar las historias que escondían y los secretos que guardaban. Una sube a los polvorientos desvanes y abre viejos baúles con olor a naftalina en los que se amontonan, cuidadosamente envueltos en papeles de periódicos sepia, las deliciosas sábanas de hilo bordadas de una abuela o de aquella tía que juró amor eterno a un sueño imposible.



Cuando las personas desaparecen quedan sus huellas en forma de estos objetos y podemos así revivir recuerdos, recordar conversaciones, gestos, palabras: “aquí dijiste...”

Éste es un recorrido por el paso del tiempo y de las cosas que nos han ido acompañando en nuestra vida. Un recorrido contra el olvido y a favor de la memoria, por aquello que fuimos y aún somos y también por lo que seremos gracias a nuestra capacidad de conocer ese olvido y su capacidad devastadora. Recordamos para construir nuestro refugio, un lugar en el que sentirnos seguros a salvo de las inclemencias cotidianas y cada objeto que nos acompaña, en este recuerdo incansable, se convierte en un amuleto contra el desarraigo y la soledad.



Caminos del tiempo

“...cicatriz,
memoria: sed de presencia,
querencia
de la mitad perdida”.

OCTAVIO PAZ, Árbol adentro

Si es en la fuente de lo que existe fuera del dibujo de la existencia, donde bebe la nostalgia; si es del aire de las pinceladas nunca dadas, del viento del más bello color jamás pintado y del oxígeno de la más perfecta forma imaginada, de lo que respira el deseo de infinitud y llena sus pulmones la tristeza; si la agridulce pavesa del recuerdo, que todo quiere evocar en la memoria, pero huye, y todo inventar en la añoranza, pero vuela, nace en la hoguera de lo que no se ve y en la llama de lo nunca tocado, y emerge en el silencio ardiente de la soledad y crepita en la brasa de aquello que debe existir extramuros del cuadro de vivir...

...será verdad también que hay un mundo de sentir ahí fuera, con hogueras gigantes que nos dicen, y que más allá de los límites que la luz de mirar impone, acota, dicta y coarta, debe existir algo más que este universo de solo trizas y solo objetos, este simulacro de añoranza, este pobre espacio acotado al crecer y amurallado por, tal vez, el miedo a pensarnos, a decir nuestro nombre, a cerrar los ojos...



...y que nos lleva, cobardes, a depositar la alegría o las lágrimas en los objetos que las provocan, a asociar la existencia a solo cosas, en lugar de reconocer que esos objetos ya estaban dentro de nosotros, nunca se han ido, no arrumbó el tiempo su alfabeto ni su caricia amarga o dulce la venció la indiferencia...; forman parte de la vida y acarician o hieren, pero viven, y que mirarlos ahora reales, extramuros del alma, no solo los reconoce sino que los recupera, trae, apropia y acerca en una reminiscencia que dice nuestro nombre, nos conoce en la tiniebla y nos llama en el desierto...

Si... nos llama. Junto a cada objeto de la evocación, junto a cada provocación que la memoria recibe de las cosas, hay toda una constelación de sensaciones que agrandan y completan (tal vez imponen) lo que el objeto dice a los sentidos: un olor una esquina precisa un momento de muerte repentina una ráfaga de dolor o de amor un deseo indecible tal vez una desgana un pájaro una espalda un átomo de alegría un muro de voces un abrazo un silencio homicida...

Si..., existe un mundo callado en la memoria, un mundo de columnas hechas de instantes y de cosas y de imágenes y momentos y deseos, que se hunden en su propia evocación y emergen inopinadamente y vuelven y van y vienen; unas columnas, pulsión de vida al fin, que parecen ajenas de tan nuestras, que son un espejo, una fotografía o el eco de la propia voz, y soportan nada menos que la vida de vivir manteniendo erguida una existencia empeñada en no volver la cabeza, no remirar, no pensarse...

Hay en la contemplación de las cosas que quedan en los baúles y en los desvanes, y en la mirada a los lugares y los objetos que el tiempo pinta con la evanescencia de la quietud, una asunción feroz de lo que fuimos, una suerte de rebelión contra los espejos que es, tal vez inconscientemente, cual si quisiéramos situarnos fuera de lo que nombran, al margen de lo que señalan o ajenos a lo que con ellos compartimos sin remedio y sin fin...

Somos tiempo cual esas cosas y esos lugares lo son... somos tiempo y evocamos tiempo y vivimos tiempo y respiramos tiempo... tiempo cuya nobleza debiera hacernos nobles, cuyo valor, valientes, cuya fuerza arrojados a esa aventura de vivir y recordar, que es la más leal de las tareas... Ojalá que ese tiempo depositado en las cosas que miramos, nos mire también, nos diga, nos recuerde, nos susurre lo que vive fuera del objeto y, cerrando los ojos, nos señale un camino, o lo recuerde, o lo invente, o lo pierda...

Ángel González Quesada
Septiembre de 2017



“Me he dado cuenta de que la fotografía tiene poco que ver con las cosas que ves y mucho con cómo las ves”.
Elliott Erwitt

“Las fotografías abren puertas al pasado, pero también permiten echar un vistazo al futuro”.
Sally Mann”

Estas dos citas, de dos genios de la fotografía, son las que me han acompañado impenitentemente a lo largo y ancho de mi búsqueda de los referentes de mi (nuestro) pasado para poder entender lo que hemos sido y hacia dónde vamos.

Lo que se plantea no es banal ya que la fotografía, que tiene la gran virtud de congelar de alguna manera nuestro tiempo y nuestra memoria, y lejos de querer ser solo una colección de imágenes, se puede convertir en un instrumento magnífico para la comprensión de nuestro pasado, de lo que sabemos que fuimos y de muchas de sus causas, de lo que nos emocionó en su momento y de lo que nos conmueve cada vez que posamos nuestra siempre deseable desnuda mirada sobre esos objetos y lugares que forman parte de nuestra vida y a la vez darnos las claves para entender el futuro que nos espera, bien porque nos habla de cierta liberación del yugo del trabajo y las tradiciones, bien porque nos esté gritando al advertirnos que que estamos prescindiendo de lo más esencial para el justo equilibrio de nuestra relación con la historia, la memoria, y en definitiva, con la pura vida.

Victorino García Calderón



A medida que van transcurriendo los tiempos y el mundo se transforma, han ido desapareciendo algunos oficios, de los que apenas se guardará memoria en las salas de los museos etnográficos y en las fotografías amarillentas de los periódicos. Oficios venerables que nos mantenían unidos a épocas gloriosas, al hexámetro de Virgilio, al alejandrino del Arcipreste, a la estampa cervantina o de Galdós. Uno ha conocido un gran número de oficios que han desaparecido o han quedado mortalmente heridos para siempre. Recuerdo aquellas lecheras que llegaban con luces del alba a las ciudades, caballeras en sus pollinos con dos cántaras de leche, cántaras medio cubistas, que refulgían en esas horas primeras del día como la plata sucia.

En el mes de agosto, mientras resistíamos atrincherados en la penumbra los implacables rigores de la siesta, recuerdo las voces desoladas de los alfareros andaluces y extremeños en la calle vacía. Traían unos borriquitos cargados con monumentales serones de esparto nutridos de paja, en la que incrustaban la cacharrería, botijos tripudos, huchas, jícaras. El invento del plástico, la baratura del vidrio, la implantación de las neveras fueron poco a poco arrumbando los enseres de arcilla, y un año dejamos de ver a aquellos botijeros del sur que requiebaban con tanto donaire las mujeres del norte.

Recuerdo también los carreteros, que llenaban las calles con el canto de sus carros; los areneros, con sus largas recuas de asnillos vistosamente enjaezados camino del río; el afilador berziano y aquella flauta suya que surtía arpegios de Stravinsky; el botero, la pantalonera, el carbonero...



El azul relativo
Andrés Trapiello
Península, 1999



Quizás estando sola, de noche, en tu aposento
oirás que alguien te llama sin que tu sepas quién
y aprenderás entonces, que hay cosas como el viento
que existen ciertamente, pero que no se ven...

Y también es posible que una tarde de hastío
como florece un surco, te renazca un afán
y aprenderás entonces que hay cosas como el río
que se están yendo siempre, pero que no se van...

O al cruzar una calle, tu corazón risueño
recordará una pena que no tuviste ayer
y aprenderás entonces que hay cosas como el sueño,
cosas que nunca han sido, pero que pueden ser...

Por más que tu prefieras ignorar estas cosas
sabrás por qué suspiras oyendo una canción
y aprenderás entonces que hay cosas como rosas,
cosas que son hermosas, sin saber que lo son...

Y una tarde cualquiera, sentirás que te has ido
y un soplo de ceniza regará tu jardín
y aprenderás entonces, que el tiempo y el olvido
son las únicas cosas que nunca tienen fin.



Poeta enamorado, 1949.
José Ángel Buesa
Recogido en su antología poética: *Nada llega tarde*.
Betania, 2001.



... Casi todo lo que poseemos se nos va y no sabemos a dónde, y las pocas cosas que todavía perduran a nuestro alrededor son apenas los residuos de un naufragio perpetuo. Perdemos diariamente regiones enteras de la memoria, despoblamos el mundo de sensaciones y nombres que sólo nosotros habíamos sido capaces de recordar, de posibilidades de inteligencia y de ternura que a nadie más le fueron concedidas. Recordamos cosas triviales que nos hicieron compañía durante mucho tiempo y nos parece que las ha ido pulverizando el simple paso de los años, porque no las hemos tirado ni roto, pero ya no están, ni cerca de nosotros ni en ninguna otra parte: no son nada, ni siquiera imágenes salvadas de lo que no existe, y lo peor es que sabemos o imaginamos que una cualquiera de esas cosas nos revelaría, si pudiéramos verla ahora, el secreto del tiempo, la clave oculta de una edad de nuestra vida. Lo que Proust aprendió en el sabor de una magdalena mojada en una taza de té nos aguarda a cada uno de nosotros en los objetos olvidados o perdidos, en una caja de cerillas, en una canción, en la litografía de un almanaque de 1960.

El recuerdo consciente es casi siempre un ejercicio de amnesia, porque la memoria, aislada de las sensaciones, se obstina en el vacío y segrega mentiras...las cosas son como son y no como las recordamos: encontrar de nuevo algo que perdimos-una ciudad, una casa, un rostro- nos induce automáticamente al desengaño o al asombro, nunca a la confirmación de una certeza.

... Quienes lo guardan y lo clasifican todo no saben que su avaricia no los salvará del desorden que gangrena silenciosamente las cosas. Los que tenemos la costumbre de perderlo todo sabemos que el mismo azar que nos despoja puede cualquier día entregárnoslo todo, o una sola cosa en la que todas se cifran, o una sola hora que contenga la vida.



Las apariencias
Antonio Muñoz Molina
Alfaguara, 1995



Un día, el viajante dejó de cubrir los mismos trayectos y las líneas programadas que lo ataban a rincones ya conocidos y decidió salir de su casa y medir las jornadas sin calendario y las horas sin reloj. Y emprendió una expedición hacia adelante en el espacio y hacia atrás en la memoria que acabó llevándolo por todo el país en busca de las huellas de la vida y los paisajes del recuerdo, esos que se van evaporando como niebla al sol, de manera imperceptible pero imparable. El viajante, hombre de pocas palabras, ingenuo y esperanzado, creyó en la utilidad de rescatar y exponer, como si las tendiera sobre la hierba, existencias veteranas que hablasen con el más caro de los idiomas en estos días de confusión, así que se afanó por reunir una lista de nombres propios, nombres encallecidos y fibrosos, nombres bien amasados tras el paso de los días, avecindados por todo el territorio, y se dispuso a visitarlos con su maletín, sus preguntas y sus silencios.

Cribados por la memoria y la palabra, los recuerdos y enseñanzas acabaron cayendo sobre las hojas del viajante pero antes tuvieron que colarse por ocultos desagües y transitar atajos, vadear ríos y superar desfiladeros que se tragaron a muchos. Y con todos los que pudo rescatar levantó una especie de atalaya, o de frágil faro hecho de cajas apiladas, desde el que alertar a los navegantes y divisar mejor la línea del horizonte. Al final se subió a él y contempló su luz, pequeña pero intensa, familiar y penetrante.

Desde el tramo final de sus vidas, estas gentes hacen historia de su propia historia.

Palabras Mayores. Un viaje por la memoria rural
Emilio Gancedo
Pepitas de Calabaza, 2015





La infancia no es algo que muere en nosotros y se seca cuando ha cumplido un ciclo. No es un recuerdo. Es el más vivo de los tesoros, y sigue enriqueciéndonos a nuestras espaldas. Triste el que no puede recordar su infancia, recuperarla en sí mismo, como un cuerpo dentro de su propio cuerpo o una sangre nueva dentro de su propia sangre: desde que ella lo ha abandonado está muerto.

La Poética de la Ensoñación
Gaston Louis Pierre Bachelard
Fondo de Cultura Económica, 1982

Es evidente que nuestra memoria quedaría pronto saturada si tuviésemos que conservar todas las imágenes de nuestra infancia, en particular las de nuestra primera infancia. Pero lo interesante es lo que queda en todo ello. Y lo que queda -recuerdos o huellas- lo que queda es el producto de una erosión provocada por el olvido. Los recuerdos son moldeados por el olvido como el mar moldea los contornos de la orilla.

Las Formas del Olvido
Marc Augé
Gedisa, 1998





El tiempo y el espacio se entretujan armoniosamente en las casas o locales donde se ha vivido de forma intensa, se han aguantado cornadas de ausencia o se han mantenido conversaciones dignas de filtrarse por la criba del recuerdo. A este respecto es muy significativa la acepción cuarto de estar para designar esas habitaciones que van albergando entre sus muros nuestra permanencia en el tiempo, a través de los bienestares y malestares que rigen los cambios del ser.

Para un escritor es particularmente importante saber crear una madriguera, y recordar más tarde dónde estaba y qué miraba antes de dejar correr la pluma por esos cuadernos que un día van a surgir de un cajón para pasarle factura del tiempo.

Gaston Bachelard en su libro *La poética del espacio* hace un estudio fenomenológico de los valores del espacio interior, que cumple, según él, dos funciones: la de albergar al hombre de la intemperie y la de ayudarlo a echar raíces, a tejer su memoria y a proteger su intimidad. La vivienda supone uno de los mayores poderes de integración para los pensamientos y los sueños, nos suministra material de recuerdo. De cómo seamos capaces de habitar, día a día, nuestro rincón del mundo dependen las energías que nos lleven a salir de él y la fuerza poética con que lo añoremos más tarde, como una síntesis de lo inmemorial. Sin la casa y su continuidad, el hombre sería un ser fundamentalmente disperso.

El espacio habitable
Carmen Martín Gaité.
El Sol, 6 de octubre de 1990.
En: *Agua pasada*. Anagrama, 1993





Despachar la experiencia campesina como algo que pertenece al pasado y es irrelevante para la vida moderna; imaginar que miles de años de cultura campesina no dejan una herencia para el futuro, sencillamente porque ésta casi nunca ha tomado la forma de objetos perdurables; seguir manteniendo, como se ha mantenido durante siglos, que es algo marginal a la civilización; todo ello es negar el valor de demasiada historia y de demasiadas vidas. No se puede tachar una parte de la historia como el que traza una raya sobre una cuenta saldada.



Cabe explicar esto con mayor precisión. La notable continuidad de la experiencia y del modo de ver el mundo del campesino adquiere, al estar amenazada de extinción, una inminencia sin precedentes e inesperada. Hoy esa continuidad ya no afecta sólo al futuro de los campesinos. Las fuerzas que hoy están eliminando o destruyendo al campesinado en la mayor parte del mundo representan la contradicción de muchas de las esperanzas contenidas en su momento en el principio de progreso histórico. La productividad no reduce la escasez. La expansión del conocimiento no lleva inequívocamente a una mayor democracia. El advenimiento del ocio en las sociedades industrializadas no ha traído la satisfacción personal, sino una mayor manipulación de las masas. La unificación económica y militar del mundo no ha conducido a la paz, sino al genocidio. El recelo del campesino con respecto al «progreso», al haber acabado éste por imponerse, mediante la historia global del capitalismo monopolista y el poder que de ella emana, incluso sobre quienes intentan encontrarle una alternativa, no está tan fuera de lugar ni es tan infundado.

El papel histórico del capitalismo es destruir la historia, cortar todo vínculo con el pasado y orientar todos los esfuerzos y toda la imaginación hacia lo que está a punto de ocurrir. Por eso el capital, para expandir la práctica del consumismo, ha prestado su lógica para la categorización como atrasados (es decir, portadores del estigma y la vergüenza del pasado) de aquellos a quienes el propio sistema se encarga de empobrecer.

Puerca tierra
John Berger, 1979.
En la trilogía: *De sus fatigas*. Alfaguara, 2006



Ocupamos los lugares, pero los lugares
nos ocupan también
y por fin los lugares y nosotros
formamos un aliento simultáneo
de espacios y de esperas.
Eres esta ciudad hecho plazuelas
que abren dentro de ti su indiferencia silenciosa.
Tu corazón es una de estas piedras,
y los murmullos callejeros
el rumor del palpar que sientes debajo de la piel.
Eres esa ciudad y mientras vivas,
ese fantasma tuyo recorrerá sus calles
y su fantasma
levantará en tus sueños sus torres y sus casas.

Intramuros
José María Merino
Edilesa, 1998.





A primera vista el cielo. Y bajo el cielo, el olvido, el inasible olvido que es también el fracaso del Tiempo, el triunfo del silencio. Y luego, como si surgiera de un sueño, la conciencia de estrecharse, de ser menos, de estar perdiendo la vida a golpes de desdén y de ignorancia. No hay ningún paraíso perdido en las brumas del pasado; pero sí pedazos del corazón. Eso contempla el viajero los días sombríos en que el desierto avanza dentro y fuera de estos páramos donde la memoria de las raíces del pasado se debilita y todos entonces nos sentimos un poco más solos. Nadie tiene el derecho de provocar la ruina y mucho menos de legarla. La heredad habría de ser siempre grano germinal que anunciase la esperanza y no indefenso paisaje sentenciado con maldad. No es que el pasado fuese mejor, es que era nuestro...

La Raya rota [Exposición de Fotografías de Victorino García Calderón].
Ángel González Quesada [Prólogo de la exposición]
Ayuntamiento de Salamanca. Concejalía de Cultura, 2000.





... El tiempo es una imagen móvil de la eternidad, escribió bellamente Platón. Todos los seres humanos experimentamos cómo se nos escurre el tiempo entre los dedos, sensación que se acrecienta preocupantemente a medida que envejecemos.

¿Quién no ha deseado atrapar algunos momentos de su vida, congelarlos, demorarse en ellos? Quizá por eso cada segundo se toman tantos millones de fotografías de personas, animales, plantas, monumentos y paisajes en todos los rincones del planeta. Al parecer somos la única especie consciente de que nuestro tiempo es finito y también la única que ha ideado sistemas para medirlo con la mayor precisión. A diferencia de otros seres vivos los humanos nos esforzamos por ocupar nuestro tiempo en miles de tareas, quizá porque es una manera de anestesiarnos contra su inexorable discurrir. El tiempo es diferente según los seres que lo experimentan. Para los insectos, un minuto es un día, una hora un año, una estación, toda una vida. Un roble tarda trescientos años en crecer, trescientos en desarrollarse y trescientos en morir, todavía existen secuoyas y abetos que han superado los cinco mil años de edad, mientras que una vida humana, por larga que sea, no sumará más de unas seiscientas cincuenta mil horas. Desde los humildes guijarros de una plaza hasta las estrellas que salpican el cielo nocturno, todo nos habla del tiempo. Y el tiempo nos habla del cambio.



Los senderos del mar. Un viaje a pie
Maria Belmonte
Acantilado, 2017



Almacenamos los recuerdos en largas estanterías, los ordenamos por momentos, personas y acontecimientos. Dejamos a mano los que más nos gustan, esos que hojeamos con orgullo, una tarde de verano, antes de sentarnos a cenar con nuestros hijos. Es fácil distinguirlos: tienen las esquinas ajadas, de tan usados. Los menos interesantes, el de aquella mujer a la que amamos y un día nos dejó sin explicación ni aviso, o el de la vez que apartamos la mirada ante la injusticia y no nos detuvimos, los colocamos en las estanterías más altas, con objeto de evitar encontrárnoslos a menudo, o, peor aún, que una visita los tome por accidente y se asome a ellos.

Como sucede con los libros, de algunos recuerdos tenemos varias ediciones, entre las que pueden apreciarse ligeras modificaciones en apariencia insignificantes, pero de importancia enorme.

A veces echamos uno de menos. Con toda seguridad lo hemos extraviado o prestado, o simplemente quedó sepultado bajo nuevos recuerdos, ediciones modernas con vistosas cubiertas. Por el contrario, otras veces encontramos uno extraño, que no nos pertenece: por más que nos esforzamos nos resulta ajeno al entorno, impropios los sucesos que evoca.

Nuestra memoria es también un pasillo lleno de puertas, unas abiertas de par en par y otras entornadas, por las que apenas nos atrevemos a mirar. En general, recordar consiste en caminar por ese pasillo hacia delante, y reconocer en lo que viene la sombra de lo que ya pasó.

Nuestra memoria se cruza a veces con la de otras personas. En la encrucijada que forman los pasillos nos encontramos en ocasiones con ellas, buscando un recuerdo que quizá no nos pertenece.

Con nuestros recuerdos sucede lo mismo. Una tarde cerramos las persianas, apagamos la luz, y recorreremos de regreso un pasillo en penumbra.



Aquí yacen dragones
Fernando León de Aranoa
Seix Barral, 2013.



De todos los objetos, los que más amo
son los usados.
Las vasijas de cobre con abolladuras y bordes aplastados,
los cuchillos y tenedores cuyos mangos de madera
han sido cogidos por muchas manos.
Éstas son las formas
que me parecen más nobles.
Esas losas en torno a viejas casas,
desgastadas de haber sido pisadas tantas veces,
esas losas entre las que crece la hierba, me parecen
objetos felices.

Impregnados del uso de muchos,
a menudo transformados, han ido perfeccionando sus formas y se han
hecho preciosos
porque han sido apreciados muchas veces.

Me gustan incluso los fragmentos de esculturas
con los brazos cortados. Vivieron
también para mí. Cayeron porque fueron trasladadas;
si las derribaron, fue porque no estaban muy altas.
Las construcciones casi en ruinas
parecen todavía proyectos sin acabar,
grandiosos; sus bellas medidas
pueden ya imaginarse, pero aún necesitan
de nuestra comprensión. Y, además,
ya sirvieron, ya fueron superadas incluso. Todas estas cosas me hacen feliz.



Poemas y canciones
Bertold Brecht, 1932.
En edición de Alianza, 1984.



Vuelvo a la habitación donde estoy solo
cada noche, almacén de los días
caídos ya en su espejo irreparable.
Allí, entre testimonios maniatados,
yace inmóvil mi vida, sus tributos
de tornadizo empeño.

La madera,
el temblor de la lámpara, el cristal
visionario, los frágiles
oficios de los muebles, guardan
entre sus rudimentos el continuo
reflujo de los años, la espesura
carnal de la memoria, toda
la confluencia simultánea
de olvidos y deseos que me asedian.
Mundo recuperable, lo vivido
se congrega impregnando las paredes
donde de nuevo nace lo caduco.
Reconstruidas ráfagas de historia
juntan los desperfectos del amor.
(Oh habitación a oscuras, súbitamente diáfana
bajo el fanal del tiempo imprecatorio).
Suenan rastros de luz por dentro
de la noche. Estoy solo y mis manos
ya denegadas, ya ofrecidas,
tocan papeles (este amor, aquel
sueño), olvidadas siluetas, vaticinios
frustrados.

Allí mi vida a golpes
la memoria me horada cada día.
Imagen ya de mi exterminio,
se realiza de nuevo cuanto ha muerto.
Mi propia profecía es mi memoria:
mi esperanza de ser lo que ya he sido.



Memorias de poco tiempo, 1954.

José Manuel Caballero Bonald

Recogido en *Somos el tiempo que nos queda: obra poética completa*.

Seix Barral, 2004



La resistencia al imperio de la actualidad viene de la memoria y de la imaginación. Una y otra se resisten a la operación de la actualidad consistente en abandonar el pasado, en borrarlo, y en hacer como si el *status quo* -ahora flujo que brota del futuro- lo fuese todo.

Que memoria e imaginación pasen por sus peores momentos no hace más que confirmar la eficacia del dominio. Pero ¿qué somos nosotros sin memoria? La gente sencilla “sabía” también que hay algo precioso en el recuerdo de una vida. La memoria no es memoria del tiempo pasado sino ampliación y enriquecimiento del presente. Sólo a causa de la memoria el tiempo pasado no está acabado y el presente no se reduce y pervierte en la actualidad. La resistencia empieza inevitablemente cuando se mira hacia atrás... Estar pendiente de la actualidad es evasión, abstracción, huida... El imperio de la actualidad es el imperio de las imágenes y la ausencia de imaginación. La alienación del sí mismo, hecha con tanta fluidez, aumenta y esconde, sin embargo, una enorme frustración. El mundo de la actualidad atrapa y se impone como destino disimuladamente implacable, a diferencia de los antiguos moiras, que no escatimaban a los humanos el peso de la decisión.



La resistencia íntima: Ensayo de una filosofía de la proximidad
Josep María Esquirol
Acantilado, 2015

Nuestra era de la automatización: nuestra fijación narcisista y fascinante con las pantallas; la enorme delegación de nuestra vida práctica y emocional en aparatos y artilugios tecnológicos de una y otra clase.

La ciudad solitaria. Aventuras en el arte de estar solo
Olivia Laing
Capitán Swing, 2017



Amarillenta llama de la memoria que apenas logra disipar las tinieblas, pues solo es un mínimo islote de luz perdido en la vastedad de un espacio sombrío. No está hecha para iluminar espacios amplios, abiertos, exteriores. Es la luz que ilumina las estancias interiores que se encuentran en el camino al centro de nosotros mismos. Lo que fue, lo oculto, lo subterráneo, lo que quisiéramos que hubiese sido de otra manera, los restos de los naufragios, el norte y el rumbo perdidos, lo secreto, la trampa y las puertas cerradas, todo lo que queda entre lo vivido y lo imaginado, aparece al conjuro de esa luz de los extraviados. Amarillenta luz en la noche, un destello, una llama quieta o vacilante que acompaña la andadura por los vericuetos de la memoria y la incursión en la sombra, la vigilia de quienes logran interrogar el espejo de tinta. Humilde llama solitaria; tan solitaria como aquel que la enciende antes de emprender el camino de regreso, el viaje de invierno o sigue la escondida senda que conduce hasta el corazón del bosque.

Lo demás, un antiguo rito del culto a los muertos.

Las estancias del nautilus
Miguel Sánchez Ostiz
Pre-textos, 1996





El territorio es literatura. Los libros las hojas perdidas, el recuerdo de algún poema, una frase, el sonido del mar contra las rocas, los espejos, el agua de la lluvia cayendo detrás del cristal, memorias sueltas, recuerdos que son como el aceite sobre el mar; lentos, amansados, a la deriva.

El territorio es la memoria. Sobre la memoria camina la literatura como un ser excusable. Puedes no escribir nada, no decir nada, renunciar a juntar las palabras, y eres igualmente un escritor. La memoria hace el milagro; camina a velocidades vertiginosas, se ríe sola, llora a veces, es un torbellino que te permite ser tú y el otro, el espejo de ti mismo, el paso audaz de la infancia, la premonición de la vejez. La memoria es el territorio más transparente. Con memoria no hay soledad, ni exilio.



El territorio de la memoria
Juan Cruz Ruiz
Cuadernos del Bronce, 1997



Al coleccionar, lo decisivo es que el objeto sea liberado de todas sus funciones originales para entrar en la más íntima relación pensable con sus semejantes. Esta relación es diametralmente opuesta a la utilidad, y figura bajo la extraña categoría de la compleción. ¿Qué es esta 'compleción'? Es el grandioso intento de superar la completa irracionalidad de su mera presencia integrándolo en un nuevo sistema histórico creado particularmente: la colección. Y para el verdadero coleccionista cada cosa particular se convierte en una enciclopedia que contiene toda la ciencia de la época, del pasaje, de la industria y del propietario de quien proviene.

La fascinación más profunda del coleccionista consiste en encerrar el objeto individual en un círculo mágico, congelándose éste mientras le atraviesa un último escalofrío (el escalofrío de ser adquirido).

Todo lo recordado, pensado y sabido se convierte en el zócalo, marco, pedestal, precinto de su posesión. No hay que pensar que es al coleccionista al que resulta extraño el *topos hyperuranios* que según Platón alberga las inmutables imágenes originarias de las cosas. El coleccionista se pierde, cierto. Pero tiene la fuerza de levantarse de nuevo apoyándose en un junco, y, del mar de niebla que rodea su sentido, se eleva como una isla la pieza recién adquirida.

Coleccionar es una forma de recordar mediante la praxis y, de entre las manifestaciones profanas de la 'cercanía', la más concluyente.



El libro de los pasajes
Walter Benjamin
Akal, 2005



Cuando se deja avasallar por la nostalgia, mi memoria, como los relojes de sol, registra sólo las horas luminosas de mi infancia, que aparece en mis ensoñaciones más como un espacio que como un tiempo, como un ámbito azul, soleado y cálido en el que las cosas no transcurrían, eran allí desde siempre y para siempre.

Todo cuanto quería estaba cerca: las personas, las cosas, incluso los sueños. Lo que imaginaba tenía para mí una realidad incuestionable. La espada de madera era, en verdad, la espada de un soldado de verdad.

Es cierto que las cosas se ocultaban a veces en algún lugar misterioso, pero no importaba, volvían siempre. Y si no volvían, acababan siempre sumidas en un olvido, tan espeso, que no quedaba ni rastro de ellas. Era como si no hubiesen existido nunca. Y una vez olvidado lo perdido, el mundo estaba de nuevo en orden, completo.

La experiencia del tiempo vivido, tan breve, tenía yo tres, cuatro o cinco años, enlazaba, sin fisuras, con un presente en el que el futuro, si no era inmediato, resultaba impensable.

No había nostalgia del pasado ni ansiedad ante el porvenir. La vida era como un único día interminable. Un espacio de luz en el que se repetía el día de ayer y se prefiguraba el día de mañana.

El tiempo, lo que para los adultos era el tiempo, no se advertía en los relojes ni en los calendarios, sino en los desplazamientos y las modificaciones que ocurrían en aquel espacio. Allí no pasaban las horas ni los minutos. Allí pasaban cosas.

Ciudad Cero (5 de marzo, 2001)

Ángel González

En.: *Esta es mi tierra* [Serie de Televisión]. RTVE

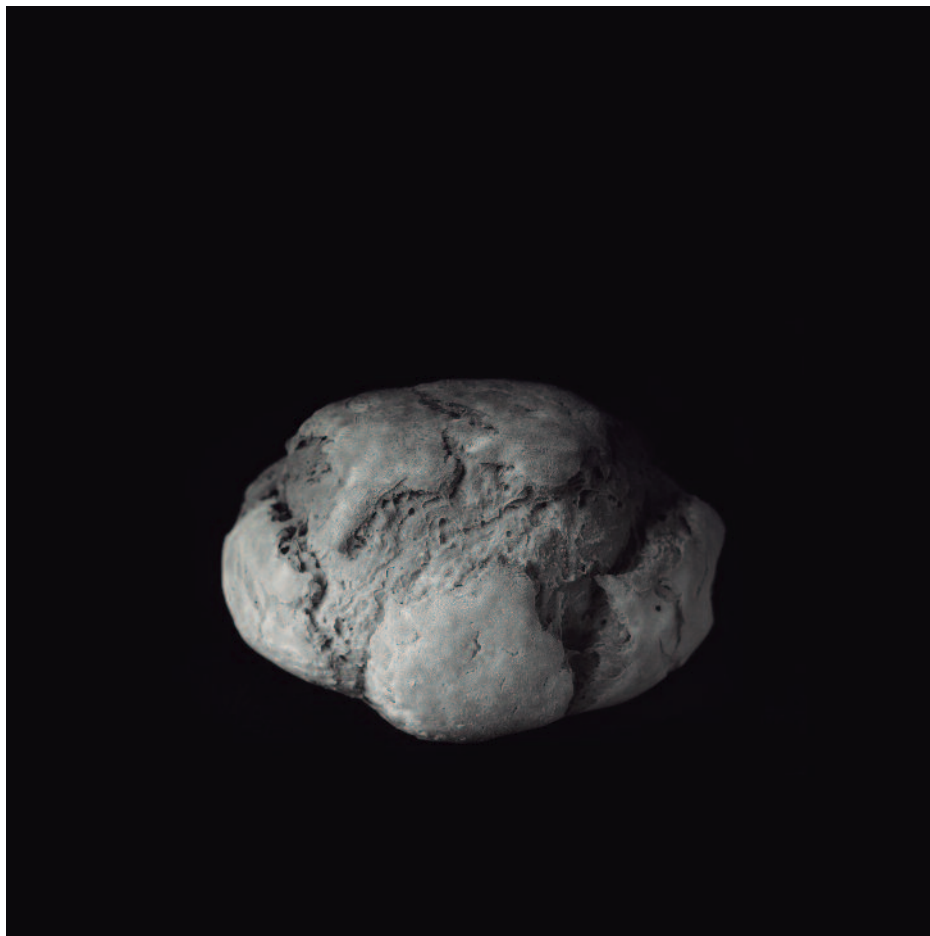




Atrás quedaron los escombros:
humeantes pedazos de tu casa,
veranos incendiados, sangre seca
sobre la que se ceba -último buitro-
el viento.
Tú emprendes viaje hacia adelante, hacia
el tiempo bien llamado porvenir.
Porque ninguna tierra
posees,
porque ninguna patria
es ni será jamás la tuya,
porque en ningún país
puede arraigar tu corazón deshabitado.
Nunca -y es tan sencillo-
podrás abrir una cancela
y decir, nada más: «buen día,
madre».
Aunque efectivamente el día sea bueno,
haya trigo en las eras
y los árboles
extiendan hacia ti sus fatigadas
ramas, ofreciéndote
frutos o sombra para que descanses.



Sin esperanza con convencimiento, 1961.
Ángel González
Recogido en su obra completa
Palabra sobre palabra (1961-2001)
Seix Barral, 2005



El pan no sugiere opulencia; es lo cercano, endurece con el día, como la gente. La masa madre servirá para acompañar otro amanecer. El pan volverá a secarse. Es una metáfora que tenemos ahí, en la mesa o a pie de calle y no la percibimos. Tras él no hay filosofía, solamente necesidad. O quizá una filosofía de la necesidad.

El pan hizo hincar la reja del arado, sujetar bien la manquera, abrir la mano para echar la semilla, apilar leña junto al horno, dar vueltas al molino, arquear la espalda del aguador, atezar los pómulos durante el horneado.

La historia del pan es una historia social, o mejor cabría decir una historia moral, una crónica de lo que debería ser la equidad, pero, sobre todo, un relato del mundo y de su hambre, un emblema no de la abundancia, sino de la pobreza.

Pensar y no caer
Ramón Andrés
Acantilado, 2016





Me examino con cuidado por dentro, como si registrara los bolsillos de un traje que no me pongo hace algún tiempo, y compruebo, en mi primer día entero con 55 años, que lo que no tengo es ni una brizna de nostalgia. Echo de menos algunas presencias queridas, sobre todo las conversaciones que habría podido tener con ellas, ahora que soy menos propenso a encerrarme en mí mismo; pero aparte de eso, no hay una época pasada en la que preferiría estar viviendo. No añoro ser más joven. Me gusta observar cómo la gente joven a mi alrededor empieza a entrar en la vida, o cómo otros pasan por períodos o por experiencias que yo ya he atravesado, pero no siento envidia. Más bien alivio, hacia las cosas que ya no tengo que aprender, hacia los errores que ya no es muy probable que cometa. Es verdad lo que se ha apuntado a lo largo de la conversación: las personas mayores de antes nos parecían más viejas porque en realidad lo eran, no sólo porque nuestros ojos juveniles las vieran así. Y aunque me gusta cuidar los recuerdos no me pierdo en ellos, y procuro no dejar que el endulzante artificial al que se parece tanto la nostalgia desfigure el pasado, añadiéndole una belleza mentirosa, a la manera de esas nostalgias colectivas por paraísos que nunca existieron. El estudio serio de la Historia es el mejor antídoto contra esas fantasmagorías, que son tan dañinas en política, con sus pasados a medida que permiten un narcisismo quejumbroso, y en ocasiones hasta criminal. El examen cuidadoso de la propia vida tiene un efecto semejante; el remordimiento quizás solo sea útil en la medida en que ayude a no repetir equivocaciones. El porvenir es un libro en blanco en el que habrá que poner los cinco sentidos, buscando el mismo equilibrio siempre inestable que da lugar a una novela, la mezcla del azar en la invención y el trabajo concienzudo, intuir cuándo es mejor dejarse llevar, y hasta qué punto, cuál será el grado justo de control. Me gusta acordarme de lo que dice el saxofonista Johnny Carter en *El Perseguidor*: “Esta música la estoy tocando mañana”. Los libros que he escrito me importan mucho menos que los que ojalá pueda escribir a partir de ahora. Pensar en la vida que tengo por delante es más alentador que acordarme de la que ya he vivido.



Lo que me queda por vivir

Antonio Muñoz Molina (11 de enero de 2011). Escrito en un instante [Mensaje en un blog]
Recuperado en <http://antoniomuñozmolina.es/2011/01/lo-que-me-queda-por-vivir>



La experiencia es indivisible y continua, al menos en el transcurso de una vida y tal vez en el de muchas. Nunca tengo la impresión de que mi experiencia sea sólo mía, y con frecuencia me parece que me ha precedido. En cualquier caso, la experiencia se repliega sobre sí misma, se remite a su pasado y a su futuro mediante los referentes de esperanza y miedo; y, utilizando la metáfora que se encuentra en el origen del lenguaje, está continuamente comparando lo parecido y lo diferente, lo pequeño y lo grande, lo cercano y lo distante. Y así, el acto de aproximarse a un momento dado de la experiencia implica escrutinio (cercanía) y capacidad de conectar (distancia). El movimiento de la escritura se parece al de la lanzadera de los telares; se acerca y se aleja una y otra vez, viene y se va. A diferencia de aquella, sin embargo, no sigue una pauta fija. A medida que se repite a sí mismo, el movimiento de la escritura aumenta su intimidad con la experiencia, se acerca cada vez más a ella. Y al final, si tienes suerte, el significado será el fruto de esa intimidad.

El sentido de la vista
John Berger
Alianza, 1997





Durante los últimos años, me he visto con frecuencia sumergida en las aguas remansadas del pasado. Buceando hasta un fondo submarino, emergen, encadenados, rostros, paisajes, luces y sombras, olores y colores, sonidos, voces, músicas, sentimientos e ideas.

La memoria, como un buen arquitecto, ordena los hallazgos para reconstruir un todo armónico. En el fondo siempre quedan materiales preciosos. Misteriosas claves que nunca recuperaremos. Sin embargo, la memoria ha hecho el milagro. Ante nosotros, a saltos, a fragmentos, aparecen, fulgurantes o grises, los días del pasado. En un orden marcado por las huellas que han dejado personas y lugares, momentos históricos vividos, a veces sin saberlo, con pasión o tristeza, con rabia o entusiasmo.

El curso del pensamiento, con sus numerosas ramificaciones, me conduce por los caminos de la investigación personal. Es decir, por qué hoy, a los setenta y siete años de edad, soy como soy, pienso como pienso y hago que mi vida transcurra como está transcurriendo, serena y equilibrada en lo personal e intensamente ocupada con actividades profesionales.

Como un torrente, la evocación arrastra todo lo que encuentra a su paso. Lo significativo, lo que todavía palpita en algún rincón de nuestro cerebro y el suceso aparentemente nimio que, sin embargo, fue decisivo en el momento en que se produjo.



En la distancia
Josefina Aldecoa
Alfaguara, 2004.



Ahora que ya nada nos queda
Del pasado
Sino un jardín en la memoria
Cerrado a cal y canto
Por el oscuro portalón del tiempo,
Venimos con la cítara a entonar
Esta canción
Ante una puerta ya cerrada.

Ahora que ya nada nos queda
En el cabás de la ilusión:
Ni el amarillo olor de las cartillas
Ni el trazo fugitivo en las pizarras
Borrado por la sombra
Ni el rumor inocente de las enciclopedias
Con láminas gozosas
Con amplias cordilleras
En mapamundis de nostalgia
Con claras ecuaciones de estrenada niñez,
Venimos con la cítara a entonar
Esta canción
Ante una puerta ya cerrada.

Ahora que ya nada nos queda
En la plaza sin muros del recuerdo:
Ni el corro en que los niños de la mano
Trazábamos los círculos de amor y de inocencia
Entre risas y cánticos y asombro
Ni los lienzos blanquísimos
En que absortas mujeres
Bordaban las polícromas figuras
De un sueño puro anterior al tiempo
Ni el toque de campanas de pureza
Desde torres de gozo
Anunciando la vida
Con badajos perdidos en la niebla
Que ya nunca escuchamos,
Con lágrimas venimos a entonar
Esta canción ante una puerta
Para siempre cerrada.



Un jardín al olvido
José Luis Puerto.
Adonais. Rialp, 1986



Miradas Reflexivas

Los cambios que han afectado a las mentalidades, a los modelos de pensamiento de los grupos sociales y sus individuos en las últimas décadas, han sido de una magnitud difícil de calibrar. La metamorfosis que ha sufrido nuestra sociedad en unas pocas décadas supera en fondo y forma cualesquiera otras en los últimos siglos.

Y la fotografía ha estado ahí, popularizada desde hace 150 años, para levantar acta, convirtiéndose en aliada imprescindible de la historia, la sociología, la antropología...

Las imágenes de un mundo que agoniza -ininteligibles e indescifrables ya para muchos-, asumen su complicidad para desentrañar las conexiones complejas de los individuos y las relaciones entre los mismos.

Somos espectadores de un tiempo desahijado de símbolos y de liturgias, en el que los roles del género y la edad, las normas no necesariamente escritas de las relaciones humanas, la pedagogía empírica, el sentido mágico de la vida y tantos otros perfiles del pensamiento aplicados a la conducta humana, han visto diluida radicalmente, cuando no extinta, su concepción tradicional.

Sorprenden hoy, por obsoletas en su semántica, fotografías de la mitad del siglo XX, que remiten a modelos del pensamiento tradicional en los cuales estuvo instalado el grueso de la sociedad española, particularmente la rural, hasta hace cincuenta años.

Hoy podemos contemplar esa galería de imágenes, restregándonos los ojos con la incredulidad que producen los abismos abiertos por el tiempo, a los cuales nos cuesta ser permeables para poder reconocernos.

Es preciso, en mitad del vértigo de todos estos cambios, superar la nostalgia y la melancolía para mirar reflexivamente desde los ojos que captaron todas esas imágenes y aprender a reinterpretarnos, a reiniciarnos.

Francisco Blanco



Prueba de vida

No extrañará que en estas fotografías ya nadie mire al cielo, que nadie espere como antaño la lluvia de la consolación o el otoño de la ventura. No es lluvia lo que esperan, ya no. Ya no tiene sentido el ciclo natural de los septiembres en estos parajes que enloquecen suavemente, no en este libro de voces a puro grito que Victorino García propone con esta colección de quejas, que es la historia de la amargura, de la tragedia, de la injusticia y del desaliento. No de la desesperación. Un libro vivo que habla de la agonía, en el que el cronista se implica para convertirse en esos rostros que lo miran cercanos, esas personificaciones de la ceniza, esos fragmentos, esa usura de cuerpos y objetos como sustraídos a la realidad. La crónica de estas imágenes habla de un mundo extinguido a fuerza de pura normalidad, a golpes de desinterés y corta inteligencia. Pero no hay desesperación en los rostros que miran con estupor al cronista; tampoco esperanza. El cronista, entonces, se niega a aceptar que sea necesario morir para abandonar esa oscura ciudadanía en que todo lenguaje se convierte en expresión de un abandono: se niega y por eso nos muestra su reconocimiento y su denuncia. Las mil historias de abandono e inconsciencia que cuentan estas fotografías son una única historia que alberga el ruego de que sea juzgada. Por nosotros. Por todos nosotros, que trajimos al mundo la realidad más palpable y la convertimos rápidamente en olvidadizo hastío y desmemoria cruel. El olvido de los pueblos, su imparable caída en el cuenco de la inutilidad, es una condena humana, social, moral y también metafísica a nuestro estúpido modo de crecer. La fe en unos privilegios siempre alejados de la autenticidad de la tierra, despegados de ella y vueltos de espaldas a lo que no podemos ignorar que somos, puede darnos, en estas fotografías que sangran su sordo grito, la medida de la flagrante violencia que nos imponemos al así vivir. Y la de la letal fascinación de los espejos en que se confunde la modernidad con el vacío.







Traducir estas historias a nuestra propia experiencia, asumirlas para evitar que el resaca del olvido las convierta en tragedia, es atreverse a leerlas como algo más que una curiosidad, algo más que una cicatriz. La repugnante complacencia que acepta el abandono de los espacios rurales y de su sentido como un componente impuesto de la condición de modernos, es una pura anomalía del buen sentido. Bajo el bombardeo del debate político centrado en cuestiones tal vez baladíes y siempre alejadas de la íntima respiración de la realidad, cuya imagen aquí mismo está, la vida se abarata en una constante burla de lo auténtico que nos constituye débiles, abandonados a nuestra propia inconsecuencia. Si huimos de la tierra, huiéremos de la esperanza, abandonaremos el único espacio que es nuestro, donde la casa y el solar, y la sombra y el frío, y el tiempo mismo podrían pertenecernos. Seremos fugaces persistiendo en ese olvido. Esta historia es el escenario de una lucha en la que sólo caben victorias parciales, rasgos de inteligencia que puedan retornarnos a la conciencia de que somos eso, no un rostro envejecido que espera el final desamparado, no la desvencijada pared que sirve de reloj para rememorar nuestro propio arrepentimiento, sino la prueba oscura y terrible de que estamos ignorando el único afán por el que merece la pena batallar: volver a la prueba de la vida, crecer en consonancia con nuestra propia medida, salvar nuestros pueblos, vivirlos, desvelar su más claro misterio, que es el derecho a la felicidad, en estos lugares ahora abandonados. Esa batalla, que no es en modo alguno ingenua, sino profundamente honesta, inevitablemente cierta y primordial, nos la debemos. Decir que la gente de los pueblos está más cerca de la realidad que los habitantes de las ciudades, no es más que un cliché. Un cliché paternalista que quiere absolvernos de la certeza de que, en realidad, la realidad es tosca y brutal: y mentirosa. En la historia del abandono contada en esta colección de fotografías sacadas del más puro sentimiento de culpa, Victorino García añade un tierno y voluntarioso rasgo de esperanza, en ese recodo de su narración donde asoman los niños que nunca podrán construir sin nuestros brazos, nuestro respeto y nuestra atención. La provocación que albergan estas imágenes para la reflexión, es estremecedora: reconstruir la verdad, recuperar la indulgencia de sabernos responsables y así romper el hilo de la ignorancia, contradecirle al olvido sus coartadas y volver a sentirnos, antes de que sea tarde, honorables.

La Raya rota [Exposición de Fotografías de Victorino García Calderón].
Ángel González Quesada [Prólogo de la exposición]
Ayuntamiento de Salamanca. Concejalía de Cultura, 2000.





Pequeña guía de lecturas

Los textos que hemos incluido en este catálogo pretenden ser una pequeña evocación literaria. Cada uno de ellos entabla con nosotros un diálogo, como lo hacen las fotografías o los objetos. Sus mensajes parecen tener vida propia. Su contenido no es ajeno a nuestra realidad y podrían haber sido escritos *por o para* cualquiera de nosotros.

Por ello, hemos querido incluir una pequeña guía de las lecturas que han acompañado a las fotografías y a los objetos de la propia exposición. Son sólo algunas... Pero hay tantas como razones para reivindicar el valor de las lecturas y de los libros en nuestra memoria.

Aldecoa, Josefina. <i>En la distancia</i> . Alfaguara, 2004.	p. 55
Andrés, Ramón. <i>Pensar y no caer</i> . Acantilado, 2016.	p. 49
Augé, Marc. <i>Las Formas del Olvido</i> . Gedisa, 1998.	p. 19
Bachelard, Gaston Louis Pierre. <i>La Poética de la Ensoñación</i> . Fondo de Cultura Económica, 1982.	p. 19
Belmonte, María. <i>Los senderos del mar. Un viaje a pie</i> . Acantilado, 2017.	p. 29
Benjamin, Walter. <i>El libro de los pasajes</i> . Akal, 2005.	p. 43
Berger, John. <i>El sentido de la vista</i> . Alianza, 1997.	p. 53
- <i>De sus fatigas</i> . Alfaguara, 2006.	p. 23
Brecht, Bertold. <i>Poemas y canciones</i> . Alianza, 1984.	p. 33
Buesa, José Ángel. <i>Nada llega tarde</i> . Betania, 2001.	p. 13
Caballero Bonald, José Manuel. <i>Somos el tiempo que nos queda: obra poética completa</i> . Seix Barral, 2004.	p. 35
Cruz Ruiz, Juan. <i>El territorio de la memoria</i> . Cuadernos del Bronce, 1997.	p. 41

- Esquirol, Josep María. *La resistencia íntima: Ensayo de una filosofía de la proximidad*. Acantilado, 2015. p. 37
- Gancedo, Emilio. *Palabras Mayores. Un viaje por la memoria rural*. Pepitas de Calabaza, 2015. p. 17
- González, Ángel. En: Ciudad Cero (5 de marzo, 2001). Esta es mi tierra [Serie de Televisión]. RTVE. p. 45
- *Palabra sobre palabra*. Seix Barral, 2005. p. 47
- González Quesada, Ángel. *La Raya rota* [Exposición de Fotografías de Victorino García Calderón]. [Prólogo de la exposición]. Ayuntamiento de Salamanca. Concejalía de Cultura, 2000. p. 27 y pp. 61,63
- Laing, Olivia. *La ciudad solitaria. Aventuras en el arte de estar solo*. Capitán Swing, 2017. p. 37
- León de Aranoa, Fernando. *Aquí yacen dragones*. Seix Barral, 2013. p. 31
- Martín Gaité, Carmen. *Agua pasada*. Anagrama, 1993. p. 21
- Merino, José María. *Intramuros*. Edileasa, 1998. p. 25
- Muñoz Molina, Antonio. *Las apariencias*. Alfaguara, 1995. p. 15
- *Lo que me queda por vivir* [en línea]. Escrito en un instante. 11 de enero de 2011 [consulta: 12 septiembre 2017]. Disponible en: <http://antoniomuñozmolina.es/2011/01/lo-que-me-queda-por-vivir> p. 51
- Puerto, José Luis. *Un jardín al olvido*. Adonais. Rialp, 1986. p. 57
- Sánchez Ostiz, Miguel. *Las estancias del Nautilus*. Pre-Textos, 1996. p. 39
- Trapiello, Andrés. *El azul relativo*. Península, 1999. p. 11





25
Feria Municipal
del Libro Antiguo y de Ocasión

del 21 de octubre al 5 de noviembre de 2017
Salamanca, Plaza Mayor



**Ayuntamiento
de Salamanca**

red de bibliotecas municipales
s a l a m a n c a